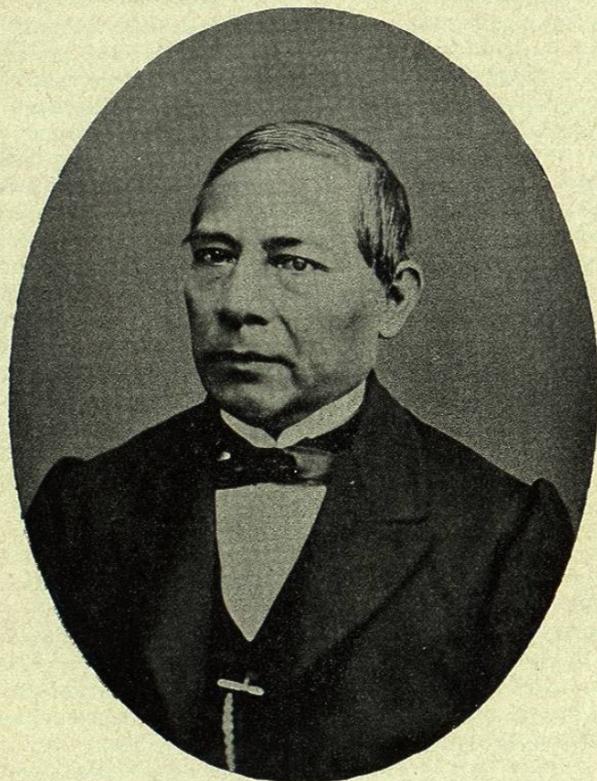


La revolución que empezara por un motín militar se hizo popular muy pronto, y de triunfo en triunfo llegó al 9 de Agosto de 1855, fecha memorable en la cual el tirano Santa Anna huyó cobardemente de la capital y se embarcó en Veracruz.

El triunfo de la revolución iniciada en Ayutla, si bien marcó una época de regeneración política y hasta social para la República, fué de regeneración lenta y trabajosa, porque el desquiciamiento era general y la exaltación de las pasiones había llegado á su período de mayor efervescencia. Por eso cuando el plan revolucionario se proclamó en la capital, fué falseado en parte, produciéndose nuevos disturbios y excisiones en el partido liberal hasta entonces tan unido.



D. BENITO JUÁREZ

El conservador, que se veía derrotado, trabajaba sordamente en estas excisiones para debilitar á sus enemigos, y las consecuencias fueron tan terribles que el país entró de nuevo en la serie de pronunciamientos y motines que derramaban á mares la sangre humana y lo mantenían en perenne anarquía.

En la noche de aquellos tiempos sombríos y nebulosos, cuando toda esperanza de paz y concordia era perdida y la patria caminaba al derrumbamiento de sus instituciones y de sus leyes sociales; cuando más furiosa descargaba la tormenta política y azotaban sus rayos de ambición la frente de unos, mientras el huracán de las pasiones arrastraba hasta los más rudimentarios sentimientos de humanidad, brotó esplendente, rasgando los nubarrones del horizonte, un nuevo y rutilante astro que disipó las sombras, y como á virtud del divino *fiat lux* hizo brotar el orden público de aquel caos espantoso de odios y discordias.

Este hombre prodigioso procedía de la clase más modesta de la sociedad mexicana; procedía de la raza indígena y se llamó Juárez, el inmortal D. Benito Juárez, que nació poco más que en una choza de las montañas de Oaxaca, elevándose

con su prodigioso talento hasta el palacio de los emperadores y de los virreyes. Y ¡cosa extraña! no obstante que su primera educación la recibió en el hogar de un honrado sacerdote, nada influyeron las doctrinas que alimentaron su espíritu en la infancia para oscurecer su elevado pensamiento, y cuando estuvo en el poder dictó las célebres leyes de Reforma que separaron la Iglesia del Estado.

En su tiempo fué cuando los revueltos mares de la política agitaron más que nunca la nave de la patria, poniéndola á punto de zozobrar. En su tiempo fué cuando un partido egoísta pospuso la sacrosanta idea del patriotismo á sus ambiciones personales, y viendo en peligro sus prerrogativas y sus cuantiosas rentas, llamó traidoramente á México á una nación extranjera, ofreciéndole el trono de Agustín I, para un príncipe de la casa de Austria, el desgraciado Maximiliano de Hapsburgo.

Con un pretexto fútil, se formó una liga criminal entre España, Inglaterra y Francia para intervenir en México; pero á las dos primeras potencias cabe la honra de haber retrocedido ante la infamia que iban á cometer, á moción del ilustre y malogrado general Prim, jefe de las fuerzas coaligadas, que desde Veracruz regresó á España declarando no haber motivos para una intervención. ¡Generosa conducta de la madre para con su hija, la que acababa de abandonar su regazo y cuya noble acción no estima en lo que vale la mayoría de los mexicanos!

Francia siguió adelante, impulsada por el genio de un déspota, pero en abierta oposición con la opinión pública francesa, cuya hidalguía rechazaba la inicua invasión. Los hijos de San Luis derramaron copiosamente la sangre de los mexicanos y colocaron sobre la frente de Maximiliano una corona que debió quemar las sienes del príncipe y oprimíselas con el peso de una sentencia de muerte; ¡no otra cosa fué para el desgraciado autócrata la diadema imperial!

Maximiliano, contra lo que esperaba el partido político que lo trajo, mantuvo las leyes de *Reforma*, y ésta fué la causa de que el partido conservador y el clero no lo sostuvieran con la energía debida, llegando á verse en la necesidad de abandonar la capital y retirarse á Querétaro fortificándose en el Cerro de las Campanas, donde al fin se rindió al General Escobedo, y allí mismo fué fusilado algunos días después, por razones de Estado perfectamente disculpables.

Europa vió en este rasgo de energía de México su valor moral y material, y ya no pensó más en atacar su independencia.

Tomada la capital por las tropas nacionales al mando del General Díaz, regresó Juárez á ella y empezó aquella brillante administración dedicada á desterrar la anarquía y cimentar las leyes, emanadas de la Constitución proclamada en 1857 y que hoy rige al país.

Entró desde entonces la nación en el camino de rápido progreso que la distingue, haciendo funcionar todos los resortes de sus inmensas riquezas naturales.

La obra colosal iniciada por la revolución de Ayutla y planteada por Juárez fué continuada desde 1870 por el General D. Porfirio Díaz, que para fortuna de la República rige hoy sus destinos políticos, formando una época de administración tan notable, que cedemos la pluma á un conocido escritor mexicano para reseñarla, convencidos de la impotencia de la nuestra.

## El general D. Porfirio Díaz y su administración

(COLABORACIÓN)

Consumada la independencia nacional se ensayaron en el país distintas formas de gobierno, desde el efímero imperio de Iturbide, hasta la Constitución de 1824. Predominó, sin embargo, la tendencia dictatorial por la influencia del partido conservador, y poco duró el régimen liberal. La historia de México fué entonces la de una lucha constante entre la libertad y el absolutismo, hasta que en 1854 se ini-

102000 1211

ció una verdadera revolución, la de Ayutla, iniciada por el venerable D. Juan Alvarez contra el despotismo de D. Antonio López de Santa Anna.

Ayutla produjo la Constitución de 1857, y aquella revolución contenía ya el germen de la Reforma que se realizó poco después anticipada por la tenaz y sangrienta oposición que hicieron el clero y las clases llamadas privilegiadas, al código fundamental de la República: aquella fué la lucha que reveló el alma de acero de Juárez, la abnegación de Ocampo, la inteligencia de los Lerdo, y el entusiasmo varonil de la juventud que tanto luchó por el progreso moral y la libertad religiosa del pueblo mexicano. Entre esa juventud figuraba de una manera distinguida el que es hoy General, Presidente de la República, D. Porfirio Díaz.

Desde entonces el nombre del General Díaz está íntimamente ligado á los hechos más notables de su patria: como soldado, lo encontraremos entre los que combatieron por Ayutla, por la Reforma, y por la independencia de México contra la intervención francesa; la Carbonera, Miahuatlan, el 2 de Abril en Puebla y la ocupación de México el 21 de Junio de 1867, son los trofeos que ha recogido la historia para revelar á la posteridad la vida militar del General Díaz. Pero no es esta página brillante de su vida la que intentamos bosquejar: es otra no menos gloriosa y tan copiosa de laureles como la del soldado, en la que intentamos seguirla: queremos hablar del político diestro y del hombre de Estado que en un corto período de tiempo ha transformado á la República Mexicana de una manera tal, que ha llamado justamente la atención, no sólo en el Continente, sino en el mundo civilizado.

En el primer período de su presidencia, es decir, de 1876 á 1880, dos cosas preocuparon altamente sus miras políticas: la conservación de la paz y el desarrollo material de México, bases que juzgó radicales para llegar al fin grandioso que ha realizado: en el segundo extremo que se refiere al progreso del país, sean preocupaciones ó temores que alarmaban á un patriotismo exaltado, la opinión pública no favorecía mucho que se otorgaran concesiones ferrocarrileras á Compañías norteamericanas. Cediendo tal vez á esta presión las administraciones anteriores, no protegieron aquel salvador pensamiento y antes bien le opusieron resistencia. El General Díaz no vaciló en contrariar este programa y otorgó cuantas concesiones se pidieron para la construcción de ferrocarriles, que recorren hoy inmensas distancias del país, fomentando el tráfico, poniendo la riqueza en movimiento y vigorizando de una manera poderosa la unidad nacional. Este rasgo revela la energía y la previsión del General Díaz como hombre de Estado: comprendió que la República necesitaba del capital extranjero para emprender la transformación á que lo ha conducido: comprendió que el trabajo y el impulso que regeneran á los pueblos se consiguen por medio de la concurrencia y no del aislamiento: comprendió todavía más, y fué que esa concurrencia formaría una liga de intereses que, lejos de ser un peligro, sería una de las bases más sólidas, no sólo del progreso, sino de la integridad de la patria; esto es precisamente lo que ha sucedido.

Fundador de la paz, restaurador del orden y de la seguridad en el vasto territorio de México; protector incansable de todo lo que se relaciona con el adelanto social del país, el capital extranjero que antes huía de nosotros ha venido á tender los rieles que se extienden desde Chihuahua hasta Oaxaca, y de las orillas del Bravo hasta el Estado de Guerrero, sin incluir en estas distancias las que están vencidas desde Jalisco hasta Nuevo León, Coahuila, Michoacán, Veracruz y Tehuantepec. Asombra este trabajo prodigioso realizado en tan corto espacio de tiempo.

Bastaría esta simple enumeración para formarse una idea de los beneficios que debe la República al señor General Díaz; sin embargo, hay mucho que consignar todavía, porque al hacerlo no inventamos, sino referimos acontecimientos que la nación está presenciando.

Conocido es el triste pasado de México, resultado natural de sus continuas revoluciones. No teníamos crédito, hoy nuestros bonos se han cotizado hasta con premio en los mercados de Londres: fuimos el tipo de un pueblo inquieto y turbulento, hoy se nos considera como una de las sociedades organizadas que

damos las garantías de una agrupación civilizada: teníamos puertos en el Golfo que eran el terror de los marinos por el estado natural de aquéllos: las obras de Veracruz, y la canalización de la Barra de Tampico brindan hoy al comercio del mundo las seguridades que demanda un tráfico cómodo y fácil; desde la época colonial, se trabajó en la terminación del desagüe del Valle de México, sin conseguirlo, y esta obra colosal está concluída: le sigue la del saneamiento de la ciudad, cuyos trabajos iniciados de una manera satisfactoria por la junta respectiva llegarán á su fin por el Sindicato francés que los ha contratado: la importancia de esta mejora para la salubridad de la Capital, apenas puede comprenderse: la Penitenciaría, que parecía un ensueño de los filántropos constituyentes de 1857, está ya construída y su inauguración depende ahora de detalles secundarios que pronto quedarán allanados: la mejora de los puertos de Minatitlan y Coatzacoalcos está contratada y realizada tal mejora, el ferrocarril de Tehuantepec imprimirá á esa vasta y fértil región un movimiento que va á cambiar enteramente la situación de aquellas comarcas, asociándolas al desarrollo comercial y agrícola de la República. Todo este vasto programa realizado en días, puede decirse, se debe al tesón, á la constancia y á las cualidades de hombre de Estado que distinguen al señor General Díaz. Tiene títulos en demasía para merecer ese calificativo con que le designa la opinión en Europa y América; pero tiene la República que reconocerle otros beneficios.

Si no hemos comprendido mal los móviles que guían la política del señor General Díaz, tres son los principales objetos que ha perseguido: la dignidad de México y el crédito del país, su progreso material y social, y la conservación de la paz, entendiéndose en este último punto no sólo el orden, sino que sean obedecidas las leyes en toda la extensión del territorio. En cuanto á lo primero, el más exigente nada tiene que reprocharle, y sin embargo, no existe ninguna cuestión diplomática: en este sentido se ajustó el tratado con Inglaterra relativo á Belice: persuadido el General Díaz de que la situación vaga é indecisa en que nos encontramos en este punto promoviera dificultades internacionales y entorpeciera la libre acción del Gobierno de México para someter á las tribus sublevadas que han quedado en nuestro territorio y que forman, hace tiempo, no sólo una amenaza para la civilización, sino también un estorbo para el engrandecimiento de esa parte del Estado de Yucatán, quiso llegar á un resultado práctico. La solución de este problema, apresurada por la previsión política del General Díaz, puede asegurarse que pronto acabará con la perjudicial y anómala situación de aquella interesante frontera yucateca, como acaba de concluir la que guardaba la del Estado de Sonora con la reciente sumisión de los yaquis.

No hay, pues, en nuestras posesiones del Pacífico, como no las hay en las del Norte y Sur, nada que impida el ejercicio absoluto de la Soberanía nacional, ni que turbe la tranquilidad pública, ni que nos promueva por lo mismo la menor dificultad interior ni diplomática: creemos que nada aventuramos al asegurar que pronto pasará lo mismo con la frontera oriental de Yucatán, realizándose así el patriótico propósito que alienta al General Díaz de que dominen en todo el país, como un testimonio de la unidad nacional, las libres instituciones del pueblo mexicano.

La baja de la plata vino á causar hondas perturbaciones en el programa hacendario del General Díaz: la opinión llegó á pronunciarse por un extremo peligroso al crédito de México; pero salvó las dificultades la energía y la perseverancia del General Díaz: el pueblo, que tiene una ilimitada confianza en el Presidente, secundó sus esfuerzos: la crisis fué vencida, y de esa misma crisis que se presentó amenazante á los elementos productores de la República, brotó como de un germen fecundo el movimiento industrial, agrícola, minero y fabril que ha cambiado favorablemente la situación económica del país, revelándole las fuerzas vitales que tanto tiempo había desconocido para aplicarlas á nuevas esferas del trabajo. Lo que ha progresado México con el establecimiento de numerosas fábricas de diversos géneros de industria apenas puede calcularse. De esta manera, las inquietudes y las zozobras que causaban las fluctuaciones de la plata, vino á reemplazarlas la seguridad que producen la mecánica y el vapor. La rec-

titud, no menos que la probidad del General Díaz, salvaron el crédito de México, satisfaciendo en oro los intereses de la deuda; pero si en esto hubo y hay algún sacrificio, éste quedó satisfactoriamente compensado con los nuevos factores que impulsan y propagan la industria del país.

A la vez que preocupaba al General Díaz lo complejo de estas cuestiones, su infatigable atención se extendía á procurar la marcha de los demás ramos de la administración: el Ejército ha recibido reformas que lo han conducido al grado de disciplina y moralidad que deben distinguir á la fuerza armada de un pueblo culto: se encuentra hoy provisto del armamento Mauser; nuestros soldados tienen alojamientos cómodos é higiénicos y disfrutan de las ventajas que les proporciona el cuidado y la vigilancia para cubrir sus necesidades, tanto de parte del Presidente, como del Secretario de la Guerra: el Colegio Militar es uno de los establecimientos que llaman la atención del Presidente, porque allí se forman los oficiales de filas y los facultativos que deben ponerse al frente del Ejército mexicano dotados de la instrucción y de los conocimientos que exigen la táctica y las reformas de las guerras modernas.

La instrucción pública ha recibido en el Distrito Federal un impulso inusitado: el sistema normal recientemente planteado comienza á dar sus resultados y pronto será un hecho en toda la República: nuestras escuelas de medicina, de jurisprudencia, de agricultura, de comercio; la Nacional Preparatoria, y las de Artes y Oficios, así como el Conservatorio Nacional, constantemente son impulsadas por el General Díaz, al grado de encontrarse al nivel de las más avanzadas de Europa y América, como puede juzgarse por los programas de esos establecimientos. No se ha detenido en esto la incansable actividad del General Díaz.

El telégrafo y el teléfono se han extendido por la República haciendo que desaparezcan enormes distancias. Nuestro sistema postal, multiplicado en su movimiento ha tomado proporciones y anuncia tomarlas de una manera que no podríamos siquiera calcular. Este es el resultado lógico de la situación reposada de México que brinda al comercio, á la industria y á los hombres de empresa con elementos para transacciones y negocios que aumentan la riqueza de un país. En esta evolución como en todas las que presenta la situación política y social de México, hay que reconocer el espíritu previsor y progresista del General Díaz, porque es el primero en aceptar y proteger todo cuanto indica un adelanto en nuestro modo de ser, ya sea en la esfera social, industrial ó económica.

Como gobernante, el General Díaz es inclinado á la generosidad y á la benevolencia, cualidades que le han conquistado la cariñosa popularidad de que disfruta en el país. Esas cualidades se han robustecido en las vicisitudes de su vida pública, donde ha conocido de una manera práctica las virtudes y las debilidades humanas. A nadie persigue, no es vengativo y sobre todo no lastima la dignidad de ninguna persona: es tolerante con todas las opiniones: en sus principios demostrativos no excluye de los puestos públicos á los partidos sólo por el hecho de participar los individuos de éstos distintas ideas. Sin embargo, en dos puntos es inflexible el General Díaz como jefe del Estado: en lo que se refiere á la conservación de la paz, el deseo supremo del país, y en lo relativo á la disciplina militar. Los perturbadores del orden, y los que relajan la severidad del Código del Ejército, ya saben que encuentran en el mandatario actual de México, toda la severidad que merecen los que atacan los intereses del país vinculados en el orden y en la moralidad de la fuerza armada.

En su trato personal, el Presidente Díaz es afable y expansivo con sus amigos, pero en lo que se refiere á los detalles de su política, es profundamente reservado. Nadie sabe cómo piensa; no se puede fijar siquiera de un modo aproximado cuál es la ruta que seguirá en determinada solución, y de esta manera muchos que pretenden conocerlo y aventuran resoluciones acordadas ya, según ellos, sufren á cada momento amargas decepciones. Así con frecuencia vemos que cuando el Presidente Díaz, parece que debe de tomar el rumbo de la derecha, aparece en el extremo contrario y generalmente acierta en sus determinaciones. La vida política del General Díaz en muchos rasgos trascendentales para la Nación, ha sido un enigma que él ha descifrado gloriosamente: se creyó que no podría enfrenar la

anarquía que se había hecho endémica en la República, ha establecido la paz; se creyó también que carecía de dotes administrativas, y Europa y América lo reconocen como un distinguido hombre de Estado. Lo que ha realizado en México, donde todo ha resentido la transformación benéfica de su perseverancia patriótica; donde el organismo que habían viciado nuestras prostituciones revolucionarias, se siente ahora vigorizado con la savia fecunda del progreso, y de la paz, es la confirmación más elocuente de la alta reputación y nombradía que ha conquistado el General Díaz enalteciendo á México á la vista del mundo.

La reseña que ligeramente hemos apuntado demuestra lo que el patriotismo del General Díaz ha realizado en este país antes tan pobre con tantos elementos de riqueza, tan desgraciado con tantos elementos de felicidad; si la espada del vencedor de Puebla, como la de Bolívar, ha cortado las ligaduras que nos ataban á una época remota, la conciencia pura del estadista ha sabido armonizar los lauros del guerrero con las dotes eminentes del fundador de la paz, del orden y de la libertad que son los distintivos hoy del pueblo mexicano. ¿Quién ha presentado mejores títulos al cariño y al reconocimiento eterno de sus conciudadanos?

Pero todavía no termina su obra redentora el actual Presidente; su energía no disminuye: sus ideas siguen abortando nuevos horizontes, y continúa la enérgica voluntad con que se dedica á realizar el vasto programa al que ha consagrado los esfuerzos de toda su vida. Para presentar á la Historia la importancia de esta abnegación sin límites, necesitaríamos la robusta pluma de Tácito: en la imposibilidad de llegar á semejante altura, nos complace la humilde ofrenda sincera que podemos presentar al ilustre caudillo de la Reforma, de la independencia y de la actual prosperidad de su patria.

No puede el pueblo mexicano satisfacer la deuda inmensa que debe al patriotismo del General Díaz; apenas puede considerarse como merecido tributo á tanto mérito la gratitud que se desborda de todas las clases sociales al escuchar el nombre y al contemplar las obras del guerrero del 5 de Mayo, de Mihuatlan y la Carbonera, y del hombre de Estado que ha regenerado á su país volviéndolo al carril de los pueblos prósperos, grandes y felices.

DARÍO BALANDRANO.

Agosto de 1898.